

**Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente**

**Repositorio Institucional del ITESO**

**rei.iteso.mx**

---

Publicaciones ITESO

PI - Revista Renglones

---

1995-08

# Esperanza sí es nombre de mujer

Jaime-Vázquez, Lourdes

---

Jaime-Vázquez, L. (1995). "Esperanza sí es nombre de mujer". En Renglones, revista del ITESO, núm.32. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1655>

*Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:*  
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

*(El documento empieza en la siguiente página)*

# Esperanza sí es nombre de mujer

Lourdes Jaime



¿Por qué nombrar con calificativo de género a las historias narradas por mujeres, si a la escritura hecha por los hombres nunca se le ha llamado literatura masculina? Ciertamente que las de ellas con frecuencia son historias atravesadas por vivencias que difícilmente pueden ser sentidas por los hombres, pero eso de lo único que habla es de campos temáticos nunca antes expresados. Y no es que la creación se nutra sólo de la experiencia directa, pues en la historia personal la escritura sí es a veces más grande que la vida, y además ahí están las obras para demostrarlo. Pero qué duda cabe de que ellas llevan ventaja en su conocimiento del mundo masculino, pues han vivido siempre en él, mientras a los hombres les faltan muchos kilómetros de marcha para entender primero, y expresar después, el femenino universo de afectos, hastíos, embarazos, motivaciones, angustias, cólicos, alegrías, ginecólogos, rebeldías, desasosiegos... Quizá algún día todo podrá ser contado por todos, o quizá no, que de cualquier manera es válida la apuesta femenina de reflejarse en espejos de papel.

SIMPSON, Mona. *A cualquier otro lugar*, Tusquets (Col. Andanzas, núm. 123), Barcelona, 1990.

Ann sabe que el viaje a ritmo de *road movie* en el que la arrastra su madre, Adele, nunca será para alcanzar el brillo de la gran Hollywood-Babilonia y sí un viaje a cualquier otro lugar y una permanente huida hacia adelante, para escapar del tedio y la esperable vida cuadrículada del

perdido pueblo familiar de Wisconsin.

Mona Simpson y la desmitificación del sueño americano.

Fuera de California todo es Cuatitlán, piensan los californianos, y también todas las Adele que son en la otra "América", la que se extiende más allá de los *freeways* y Disneylandia; aquéllas y aquéllos que se han creído a pies juntillas el mito del presidente y la actriz salidos desde abajo. Por eso la apuesta de Adele es *Sunset Boulevard* y a la ruleta juega todo, desde la renuncia a la geografía referencial, hasta la inocencia de una hija empujada a vivir en la permanente espera de convertirse en "estrella". Lo que Adele no sabe es que las fichas están marcadas de antemano y que el camino que empiedra de mentiras nunca desembocará en la gran piscina y los amigos "de lujo" y de portada de revista, y sí le robará la confianza y la cercanía de una Ann hastiada de ser en la ficción.

MONTERO, Rosa. *Crónica del desamor*, Debate (Col. de Bolsillo), Madrid, 1994, 3a. ed.

"Serena certidumbre de que en este ajedrez de perdedores más pierden aquéllos que ni siquiera juegan". Y es que se trata de una historia de mujeres que se nutre a veces de desaliento y de dolor, pero también del riesgo de quien se niega a ser vivido por la vida. En Ana no hubo miedo al dejar atrás la comodidad milenaria de recibir la despensa diaria o quincenal o como lo haya decidido la organización salarial del "hombre de la casa"; mas miente

quien niegue la dificultad cotidiana de enfrentar un mundo hecho a la medida de los hombres.

Cansancio de caminar a contracorriente, no porque asuste la vida que se extiende más allá de la paterna casa o del hogar al que se llega tras el vestido blanco y las despedidas de soltera. Pero ir por la vida de mujer dispuesta a comerse el mundo y quitarse los calcetines y el uniforme de colegiala en la mojigata España de antes del destape, seguramente que no fue fácil. Cómo sacarse entonces de encima la machacona lección materna de que "el hombre es un vicioso cuyo único objetivo es acostarse contigo" y cómo hacer del primer motel un recuerdo gozoso y no el dolor de mirarse virgen, asustada y dispuesta a cooperar en la violación, con tal de saberse adulta. Comienza así la apuesta por vivir a fondo y pisar el acelerador, aunque más pronto que tarde haya que darse cuenta de que con frecuencia al hombre el compromiso sólo le alcanza como intelectual y para cambiar lo que queda lejos, y nunca para coger el teléfono y hacer la llamada eternamente aplazada. "Tengo mucho que hacer, no estoy sola y no me aburro nunca" es la imagen para los otros y la respuesta para el amante que espera disponibilidad permanente. Aunque uno no se mienta a sí mismo y siempre esté ahí "el ansia de agotar las opciones, de conocer a la otra persona en todas sus circunstancias, de intentar de nuevo la pareja". Y qué más da que en el mejor de los casos la pasión devenga en soledad matrimonial acompañada, y en el peor suponga la repetida historia triangular de seres civilizados que se saben mentirosamente entrelazados y se sonríen, cual deben, en las citas sociales.

Carrera permanente entre el colegio y la tarea del hijo; el misógino humor del ginecólogo; los sueños frecuentemente aplazados; la oficina liberadora, pero también a veces opresiva; la máscara permanente de mujer fuerte, independiente y liberal.

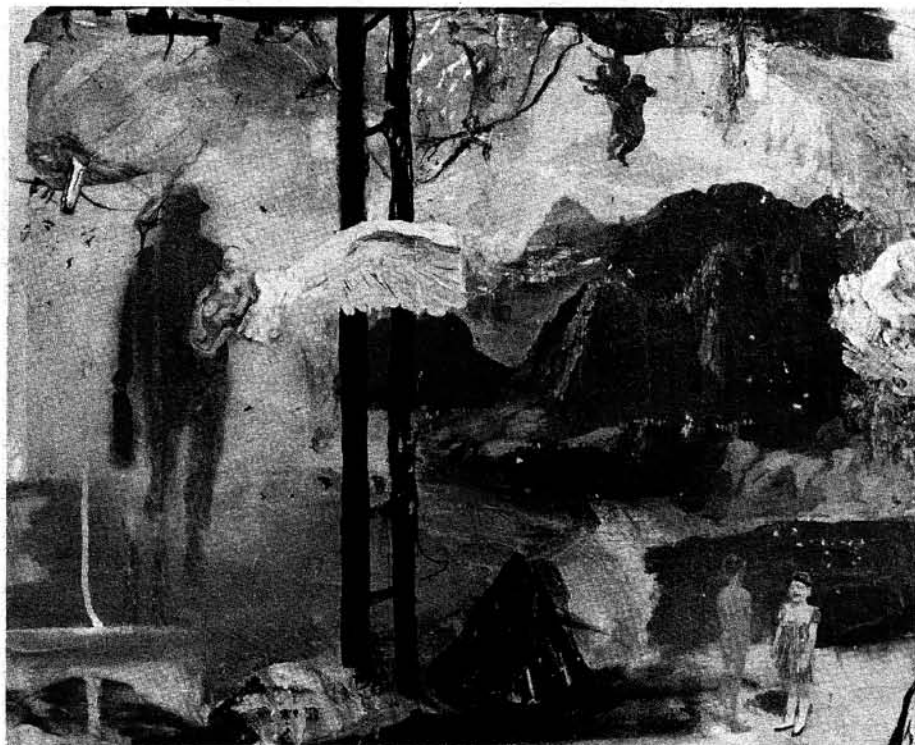
Los amigos, la pandilla, el grupo, siempre como la opción para sentirse ligada a algo que no sea la rutina laboral, a sabiendas de que se forma parte "del círculo eterno que se muere de la cola, y todos son espías de sí mismos y es fácil saber incluso quién comparte las camas, cómo y cuándo".

En medio a veces la sombra del amor inalcanzable, Ana con la vista en el teléfono mudo, el sobresalto ante la voz lejana y luego el ritual de hacer el amor por una hora y verlo vestirse y marcharse. Años con la esperanza por delante, hasta saltar del barco por sobrevivencia y luego un día darse cuenta que ya no duele, que ya no espera esa llamada, que ya no lo quiere. No se trata de tirar la toalla y dar marcha atrás, sino de la tristeza de saber que falta tanto para que el mundo de los afectos deje de ser vergonzante en los hombres y el apapacho se vuelva privilegio y riesgo compartido. Ana podría decir con Marguerite Duras: "Siempre me he acostado con hombres de ideas claras y no me ha salido bien, son hombres que no conocen ni el alcance ni el significado del amor".

Crónica del desamor de una mujer que se mira desde sus treinta años y se siente triste por una flores nunca recibidas, por la renuncia a lo cursi, por haber creído que eso era una tontería. Historia sin final feliz, desolación de quien no quiere salirse del juego y se esfuerza en creer, en sentir, en querer, aunque la cotidianeidad aplaste a veces, con su carga de cansancio y de rutina. Y es que como dice Susan Sontag "[...] las cartas están marcadas. Cualquiera sabe bien que las mujeres actúan con un *handicap* en un mundo que han ordenado y controlan los hombres".

MARTIN Gaité, Carmen. *Nubosidad variable*, Anagrama (Col. Narrativas Hispánicas, núm. 128), Barcelona, 1992.

Puede suceder cualquier noche y a la vuelta de la esquina, que en reali-



dad la hora y la ocasión social poco importan cuando la vida se empeña en saldar cuentas pendientes. Incógnita de la causalidad de una geografía de millones de habitantes, que de pronto un día decide que dos seres se asombren con una cita no anotada en la agenda. Y a veces vale la pena dejarse arrastrar por la segunda oportunidad y reconstruir una complicidad que se escapó de las manos. En medio, la escritura como guiño a una adolescencia compartida y como desdoblamiento para que Mariana y Sofía vayan pegando los fragmentos de un espejo, que igual nunca será el mismo. Por qué siempre el afán de ordenar la existencia, cuando "de entender algo es sólo así como se entiende, aceptando la misma confusión como pista valedera". Ya lo escribió mejor Kundera, cuando dijo que no se puede hacer borradores de la propia vida y a la primera es el original. Entonces dos amigas que deben releer un original, aceptando que no es posible volver atrás para hacer tachones y enmendaduras.

Nadie podrá ya remediar la tristeza de la doctora León, de saber a ese

primer novio en brazos de Sofía, y a la vuelta de muchos años seguirá sintiendo "que fue una pena de amor doble y que por eso me dolió tanto. Lo más grave no fue que Guillermo me dejara de la noche a la mañana sin dar explicaciones, sino que no me las dieras tú tampoco que las tenías todas".

Amor de adolescencia recién abandonada, para la una convertido en mero personaje de referencia a la amiga perdida, y para la otra una de esas pasiones eternas cantadas por Sabina. Amores intermitentes, conflictivos y arriesgados, que seguramente no son para casarse ni para compartir la cotidianeidad del cepillo de dientes, pero sí para volverse historias de final diferido, aunque los cuerpos jamás vuelvan a juntarse.

Por qué pensar que los afectos primerizos son necesariamente un compás de espera para amores de mayor alcance, si la vida lo desmiente cada día y Guillermo será siempre el hombre definitivo de Sofía, aunque no sea el padre de Encarna, Lorenzo y Amelia, ni haya compartido con él librero alguno. A ve-





ces el matrimonio no es la mejor opción y pronto algo se rompe definitivamente.

Tribulaciones para la confidencia con esa Mariana, que ahora va de sicoanalista por la vida y no para, resolviéndoles a otros los días, engolosinándose con el eco de la propia voz e intentando vanamente clasificar el erotismo. Una mujer que se escinde en la esquizofrenia entre la racionalidad de la imagen que alimenta y el impulso de perder la cabeza y mostrarse débil ante un hombre que no la ama más. Un vaciamiento mutuo para enterar a Sofía de que Manolo fue un paraíso perdido por la falta de valor. Es un reencontro para la confesión de los miedos que cada una arrastra; un impulso para dejar atrás al marido con cara de "ejecutivo al poder" y aceptar que no se trata de estar decepcionados del otro y que "a nadie se le deja de querer por sus defectos, sino porque descubres que no te interesa interpretarlos ni comprenderlos"; un encuentro para apostar por el riesgo de vivir y saber que no hay éxito laboral que compense la renuncia a la pasión

y la verdad de alguien que mira de frente y se emborracha con la vida. Lo demás es una historia no vivida, una asignatura pendiente para que dos amigas retomen el hilo de una complicidad ahí latente.

GIBBONS, Kaye. *Ellen Foster*, Versal (Col. Meridianos, núm. 20), Barcelona, 1987.

Ellen Foster se llama así en la renuncia a un padre borracho e infumable y en la esperanza de que los sueños sí puedan ser posibles. No es hazaña menor vencer el miedo ante un déspota y no precisamente ilustrado, e ir más allá de la voz de un juez "que se pone a hablar de la familia piedra angular de la sociedad y tú sabes que la tuya nunca fue columna romana, sino que es y siempre ha sido un ladrillo viejo y gastado". Valor para estar ahí siempre al lado de la madre, para desactivar iras borrachas de origen no sabido. El machismo no es cuestión de mundos subdesarrollados, sino de una cultura milenaria que se resquebraja a golpes de ter-

nura y de razón. Por eso Ellen nunca va a entender desde su mirada niña por qué el empeño femenino en estar al lado de alguien que, a la inversa de Midas, convierte en mierda todo lo que toca.

La imaginación y el humor, tablas para salvarse del dolor por una madre que sí tiró la toalla, y para sobrevivir con el afecto y la cabeza en su lugar a una sucesión de parientes cristianamente obligados a ocuparse de la huérfana. Desconocen que Ellen no quiere que infancia sea destino y ha decidido que tendrá una madre que la apapache y una habitación hermosa que no se canse de mirar mientras la cena llega.

En el camino, el descubrimiento de que el mundo de color de Starletta no es como se lo ha pintado esta América de rascacielos, aunque sea verdad su hacinamiento en un cuarto redondo sin agua corriente. Es la amistad primera, ignorante de incompatibilidades, ajena a los enfrentamientos que duran más de una hora, y libre en la desnudez de un lenguaje que no tiene pudor para decir "Bueno pues iba tanto a tu casa porque no quería estar con mi padre y sobre todo porque te quiero mucho". Quedan lejos los miedos ante un barrio de color a cruzar con el seguro del coche puesto, mientras encuentra Ellen a la hermana nunca habida, para maravillarse juntas con unos pechos y unas caderas que aparecen y saber mutuamente "que yo estoy en su cabeza igual que ella está en la mía".

CISNEROS, Sandra. *La casa de Mango Street*, Alfaguara (Col. Alfaguara Literatura), México, 1995.

Cuenta Sandra Cisneros "el cuento de una niña que no quería pertenecer" y con ella el de tantas otras pieles morenas que festejan con Pedro Infante y se arrodillan ante la Virgen de Guadalupe, aunque en las cartas su dirección diga Mango Street y en la escuela el inglés sea el código a

---

descifrar. Es que el corazón no siempre es coherente y suele escindirse en la contradicción de los afectos. Ternura por un padre que se rasura con el fondo triste de su música mexicana y por un mundo que bautiza con tamales y cumbias, y urgencia igualmente cierta de irse y dejar atrás la vergüenza de una casa que no responde a los sueños y que "me hizo sentirme una nada. Allí. Yo vivo allí. Moví la cabeza asintiendo... Desde ese momento supe que debía tener una casa. Una que pudiera señalar".

Voz de desarraigo, aunque también, y sin el referente de Virginia Woolf, deseo insistente de una casa en la colina, sin descarapeladuras, con agua corriente y una tubería que no escurra: "No un piso. No un departamento interior. No la casa de un hombre. Ni la de un papacito. Una casa que sea mía... Nadie a quien amenazar con un palo. Nada que recogerle a nadie". Ansia de sentirse parte verdadera de una casa-país que mira de reojo a las manos que no son claras y a los apellidos que suenan a sur, y también sueño del cuarto propio y de la posibilidad de levantarse "de la mesa como los hombres, sin volver la silla a su lugar ni recoger el plato".

Esperanza la llaman para recordar a una bisabuela desconocida y para ser parte innegable de una casa que piensa en español. En el camino unas caderas para volverse adulta y crecer no a ritmo de Elvis Presley y sí al son de "yo no soy bonita, ni lo quiero ser, porque las bonitas se echan a perder". Siempre la mirada en la universidad lejana, en los papeles y en los libros, en los poemas de a veces, en el conjuro para no heredar también de aquella bisabuela una ventana para ver pasar la vida. Certeza de la urgencia de marcharse, de ser libre, aunque hay cosas irrenunciables y regresos ineludibles, y si "un día voy a tener una casa propia, no olvidaré quién soy ni de dónde vengo".♦